

tos en el Norte y en el Mediodía del imperio y no hubiera sido el primero en mentar la Valaquia y la Moldavia; que obligado á entrar en esta vía, había hecho cuanto Napoleón había querido; había declarado la guerra á la Inglaterra á pesar de los intereses del comercio ruso; la había resuelto con la Suecia á costa del parentesco, y cuando todo el mundo en el imperio esperaba recibir el pago de tanta sumisión á una política extranjera, llegaba de repente de París la noticia de que había que renunciar á las más legítimas esperanzas. No podía el zar volver de su sorpresa y consolarse. Querer ligar la suerte de la Silesia á la de la Valaquia y la Moldavia, seguir privando de aquélla á los prusianos para dar las últimas á los rusos, era ponerle en el caso de rehusarlo todo. No era lícito á su honor pagar con los despojos de un amigo desgraciado, á quien se le acusaba de haber sacrificado ya demasiado, las adquisiciones que se le permitían hacer en el Danubio. «*Esos infelices prusianos*, exclamó Alejandro en su coloquio con Mr. de Caulaincourt, *no tienen qué comer*. Líbreme usted de sus instancias, y no habrá ya obstáculo ninguno en mis relaciones con la Francia. Por otra parte, ¿de qué le sirve á Napoleón la Silesia? ¿Quiere acaso conservarla para sí? En tal caso se constituiría en vecino mío, y los vecinos, según él mismo me decía, no pueden ser amigos. ¿De qué le sirve una provincia tan apartada de su imperio? Que tome cerca de sus Estados lo que quiera, me parece natural y bien entendido. Ya se apoderó de la Etruria, y va, según se dice, á apoderarse de los Estados romanos; también medita no sé qué en España. Está bien. Que haga en el Mediodía lo que más le conveña; pero déjenos á nosotros igualmente arreglarnos en el Norte, y no se acerque tanto á nuestras fronteras. Si no quiere la Silesia para sí, ¿á quién puede cedérsela que se compare conmigo? A nadie; y si se la restituye á los prusianos, que sería la más sencilla de todas las soluciones, ¿por qué me ha de privar en desquite de lo que me tiene ofrecido? Con esto no sólo frustraría mis esperanzas sino las de toda la nación rusa, la cual diría que la Finlandia no le compensaba la guerra que tendría que sostener con Inglaterra y Suecia; que yo he sido engañado por el grande hombre con quien traté en Tilsit; que Napoleón es tan peligroso en una negociación como en un campo de batalla, y que lo mejor sería, sin continuar una guerra impolítica y expuesta, separarse pacíficamente, pero con toda la indiferencia y frialdad que justifica la distancia.»

Tal fué el lenguaje, muchas veces reproducido, del emperador Alejandro con Mr. de Caulaincourt. Pudo añadir que si bien se le había dejado lisonjearse con la posesión de las provincias del Danubio, éstas de ningún modo le habían sido prometidas, y que si la nación rusa, engañada por falsos rumores de cortesanos, había convertido una mera esperanza en un compromiso formal, él, su indiscreción y su debilidad misma tenían la culpa, puesto que no había sabido apaciguar á sus parciales sino prometiéndoles lo que no podía cumplir; pero no lo hizo. Y sin embargo, era evidente que si no se le acudía concediendo lo que había imprudentemente ofrecido á su nación, tanto él como su ministro Romanzoff iban á quedar hondamente resentidos, y que no obstante el ser demasiado reciente el repentino cambio de política verificado en Tilsit para intentar desde

luego otro igualmente subitáneo, siempre quedaría abierta la herida en lo íntimo del corazón, excitando á nuevas y sangrientas venganzas.

A fuerza de protestar Mr. de Caulaincourt con su respetable honradez la buena fe de Napoleón, asegurando que todo se aclararía, achacando á una trabacuenta y á la recelosa cavilosidad de Mr. de Tolstoy todas las malas noticias recibidas de París, consiguió tranquilizar un tanto el corazón de Alejandro, en términos que éste acabó quejándose de su mismo embajador, de su poco tino y de sus prevenciones, y declaró en presencia del francés que si por ventura volvía á sorprender á Mr. de Tolstoy, como en otro tiempo á Mr. de Markoff, sembrando cizaña entre las dos cortes, haría un escarmiento ruidoso con los que se obstinaban en oponerle obstáculos en vez de esmerarse en servirle. Habíase mostrado el emperador Alejandro muy agradecido á los soberbios regalos de porcelana de Sevres que se le habían enviado, al donativo de los cincuenta mil fusiles de que ya hicimos mención y á la admisión de los cadetes rusos en la marina francesa; pero nada podía mover su corazón dominado por una sola pasión como el objeto de esta pasión misma: nada sin las provincias del Danubio. Tal era la idea fija grabada en su semblante, lo mismo que en su alma, codiciosa de ambición y de renombre.

Con objeto de saber fijamente si la nación participaba de la misma pasión que su soberano, envió Mr. de Caulaincourt á Moscou uno de los empleados de la embajada para que le transmitiese lo que allí se decía. El comisionado, admitido en las reuniones de la antigua aristocracia rusa, donde el lenguaje era más sincero y verídico que en San Petersburgo, oyó repetir que el joven zar había pasado repentinamente del odio á la amistad abrazando en Tilsit la política de la Francia, y comprometido con ligereza suma los intereses del comercio ruso declarando la guerra á la Gran Bretaña; que la Finlandia no podía compensar tales sacrificios; que para pagarlos equitativamente era preciso ceder á la Rusia por lo menos la Valaquia y la Moldavia; pero que nunca se conseguirían de Napoleón estas pingües provincias, por lo que su joven emperador tendría que resolverse á una inconsecuencia y un disgusto más.

Apresuróse Mr. de Caulaincourt á transmitir á Napoleón estos datos, y le manifestó que si bien la corte de Rusia no haría la guerra, aunque profundamente ofendida, tampoco se podría ya contar con ella en lo sucesivo si no se le concedía lo que con razón ó sin ella se había lisonjeado de conseguir.

El general Savary, que había vuelto de San Petersburgo, corroboró con su testimonio los informes de Mr. de Caulaincourt, los apoyó refiriendo una multitud de pormenores que por sí mismo había observado y confirmó á Napoleón en la idea de que sólo de él dependía granjearse enteramente la adhesión del emperador de Rusia y ligarle á todos sus proyectos, cualesquiera que fuesen, mediante una concesión en el Oriente. Resuelto desde mediados de febrero á acabar con los Borbones de España, sin titubear más tomó Napoleón el partido de recompensar en las riberas del Danubio el nuevo crecimiento de su poder, que ya contaba por seguro en las riberas del Ebro y del Tajo.

Era este, en efecto, el mejor partido que podía tomar,

porque aunque era sensible tener que llevar él mismo de la mano á los rusos á Constantinopla, ó por lo menos aproximarlos al objeto de su eterna ambición, sin embargo, había que ser consecuente y sufrir la condición precisa de lo que se iba á emprender. Había que conceder una ó dos provincias en el Danubio para adquirir el derecho de destronar en España á una de las más antiguas dinastías de Europa y renovar allende los Pirineos la política de Luis XIV. Por lo demás, limitándose á ceder á los rusos la Moldavia y la Valaquia, sin la Bulgaria, esto es, á llevarlos hasta las orillas del Danubio, cuidando de que no pasasen adelante; proporcionando al mismo tiempo á los austriacos la Bosnia, la Servia y la Bulgaria, para contrarrestar á los rusos en el camino de Constantinopla, los inconvenientes no hubieran sido ni con mucho tan graves. La Albania y la Morea hubieran sido una excelente compensación para la Francia, y no hubiera salido demasiado cara la concesión que era forzoso hacer para asegurarse la alianza rusa. El lenguaje que cotidianamente usaban el emperador Alejandro y Mr. de Romanzoff no dejaba la menor duda sobre su aquiescencia á estas condiciones. Convenía, pues, limitarse á ellas y pagar la alianza rusa, ya que se había hecho indispensable, pero no llevar más adelante la desmembración de la antigua Europa, ni contribuir más al crecimiento del joven coloso nacido entre los hielos del Polo, cuyo desarrollo en el último siglo tenía espantado al mundo.

Sin embargo, fuese que se propusiera absorber toda la imaginación de Alejandro; fuese que, reducido á las necesidades de un sacrificio, tratara de envolverlo en una descomposición inmensa; fuese, por fin, que pensara sacar de las circunstancias, además, del derrumbamiento de la dinastía borbónica, la adquisición completa de las riberas del Mediterráneo, no quiso Napoleón limitarse al mero abandono de la Moldavia y de la Valaquia, que lo hubiera arreglado todo, y consintió que se suscitase la inmensa cuestión del repartimiento completo del imperio otomano. Los turcos, secretamente hostigados á la sazón por el Austria y públicamente por la Inglaterra, las cuales les imbuían la idea de que la Francia iba á sacrificarlos á la ambición rusa, se conducían de la manera más odiosa con los franceses, decapitaban á sus partidarios no atreviéndose á hacer otro tanto con sus connaturales, conducíanse en suma como bárbaros iracundos ansiosos de sangre y de pillaje. Exasperado Napoleón contra ellos, decidióse por fin á escribir al emperador Alejandro una carta en la que le anunciaba su intento de discutir la cuestión del imperio de Oriente, bajo todos sus aspectos, para resolverla definitivamente; y expresándole también su deseo de que entrase el Austria á la repartición, estableciendo como condición esencial de ésta, cualquiera que fuese, parcial ó total y más ó menos ventajosa para las potencias aspirantes, una expedición gigantesca á la India, llevada á cabo por un ejército francés, austriaco y ruso, atravesando el continente de Asia. Entregó Mr. de Caulaincourt á Alejandro la carta de Napoleón: el zar estaba ya prevenido por un despacho de Mr. de Tolstoy del cambio favorable ocurrido en París y recibió al embajador de Francia con muestras de gran júbilo. Quiso leer en seguida la carta de Napoleón, y lo hizo á su presencia con una emoción que no supo disimular. «¿Qué hombre

tan grande!, exclamaba á cada instante, ¡qué grande hombre! Vuelve en las mismas ideas que tenía en Tilsit. Dígame usted, repitió varias veces á Mr. de Caulaincourt, que soy suyo para siempre; que mi imperio, mis ejércitos, todo está á su disposición. Al pedirle yo que haga alguna concesión al orgullo de la nación rusa, no lo hago por ambición personal, sino para entregarle toda esta nación entera y ponérsela tan á sus órdenes como yo lo estoy. Su soberano de usted, añadió, quiere interesar al Austria en la desmembración del imperio turco: hace bien: es una idea muy prudente con la que estoy conforme. Desea una expedición á la India: convengo en ello; ya le tengo manifestadas en nuestros largos coloquios de Tilsit las dificultades que podían suscitársenos. Está acostumbrado á no temer obstáculos; sin embargo, el clima y las distancias son para este proyecto obstáculos superiores á cuantos pueden imaginarse. Pero que esté sin cuidado, que por mi parte los preparativos serán proporcionados á las dificultades. Ahora es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre la distribución de los territorios que vamos á rescatar de la barbarie del turco. Trate usted este asunto á fondo con Mr. de Romanzoff. No obstante, es preciso que no nos hagamos ilusiones: nada de esto puede tratarse conveniente ó definitivamente sino en una entrevista que tengamos Napoleón y yo. Hay que empezar por examinar el asunto bajo todos sus aspectos. Así que nuestras ideas hayan llegado á cierta madurez, dejaré yo á San Petersburgo é iré á buscar al emperador adondequiera. Bien quisiera yo ir hasta París, pero no me es posible: además de que la entrevista que necesitamos sólo es para tratar de asuntos y no para la ostentación y los goces. Pudiéramos citarnos en Weimar, donde estaríamos entre mi propia familia; pero allí también nos importunarían mil atenciones. En Erfurt estaríamos más aislados y con mayor libertad. Proponga usted este punto á su soberano, y al instante que llegue su respuesta me pondré en camino, y viajaré con la velocidad de un correo.» Diciendo estas y otras mil cosas inútiles de referir, con un júbilo que no acertaba á reprimir, reconoció el emperador que Mr. de Caulaincourt había tenido razón cuando quería tranquilizarle poco tiempo antes acerca de las intenciones de Napoleón, imputando á una mala inteligencia el momentáneo rompimiento de que se quejaba. Repitió de nuevo que veía claramente que Mr. de Tolstoy había sido la causa de esa mala inteligencia; que este embajador era un hombre suspicaz y de poco tino, indócil tal vez á la nueva política del gabinete ruso; que se proponía reemplazarle con otro que fuese enteramente del agrado de Napoleón, pero que no sabía á quién escoger; que en todas partes tendría que luchar con hombres de ánimo recalcitrante, pero que sin embargo él conseguiría domarlos aunque tuviese que desplegar la mayor severidad para hacerlos entrar en el gran sistema de Tilsit.

No se mostró menos animado y menos pueril que en el exceso de su júbilo el anciano Mr. de Romanzoff á los ojos de Mr. de Caulaincourt. «Henos por fin otra vez en los grandes proyectos de Tilsit, repitió al embajador francés. Los comprendemos y entramos en ellos: dignos son en verdad del hombre grande que honra al siglo y á la humanidad.» Después de las más exageradas muestras de satisfacción y de sumisión á la Francia,



quiso por fin Mr. de Romanzoff entrar en la delicada cuestión de la repartición, y entonces empezaron los apuros y hasta la confusión. Llevar la mano audaz á las vastas regiones que tanto importan al equilibrio del mundo, y que no sólo pertenecen á los estúpidos poseedores que las tienen yermadas por el ocio y la barbarie, sino más bien á la misma Europa, tan poderosamente interesada en su independencia; llevar la mano, repetimos, á aquellas regiones sólo con el pensamiento, era un grande apuro para el codicioso ministro ruso que las estaba devorando con el deseo y para el ministro francés que por necesidad las entregaba al monstruo de la ambición moscovita. Aunque ambos habían recibido sus correspondientes instrucciones y tenían su plan deliberado acerca del asunto que motivaba su entrevista, ninguna de las dos quería soltar la primera frase. El más codicioso, sin embargo, tenía que ser el primero, y así sucedió, explicándose en aquella conferencia y en otras varias que celebraron con toda libertad y una ambición osada é inaudita.

Presentáronse dos proyectos, primeramente una repartición parcial, en cuya virtud debería quedarles á los turcos la parte de su territorio europeo que se extiende desde los Balcanes al Bósforo, y por consiguiente los dos estrechos y la ciudad de Constantinopla, además de todas sus provincias en el Asia; después una repartición completa, con la cual no les quedaría á los turcos nada de su territorio en Europa ni ninguna de sus provincias de Asia que baña el Mediterráneo.

El primer proyecto era el que parecía haber sido objeto de las conferencias de los dos emperadores en Tilsit. Ofrecía pocas dificultades. Reservábase para la Francia todas las provincias marítimas: la Albania, que forma la continuación de la Dalmacia, la Morea y Candía. La Rusia adquiriría la Moldavia y la Valaquia, que forman la orilla izquierda del Danubio, y la Bulgaria, que forma la orilla derecha, deteniéndose en los Balcanes. El Austria, para que se consolase de ver á los rusos establecidos en la embocadura del Danubio, recibiría la Bosnia en plena propiedad y la Servia como patrimonio privado de un archiduque. Según este sistema, los turcos conservaban la parte más esencial de sus provincias de Europa, las que hasta el presente les han asegurado su posición geográfica y la naturaleza de sus habitantes, esto es, el Sur de los Balcanes, los dos estrechos, Constantinopla y todo el imperio de Asia. Quitábaseles solamente las provincias que no podían ya gobernar, la Moldavia y la Valaquia, á las cuales habían tenido ya que reconocer cierta independencia; la Servia, que trataba á la sazón de emanciparse con las armas; el Epiro, que pertenecía al bajá de Janina, Alí, más que á la Puerta; y por último, la Grecia, que se mostraba ya dispuesta á arrostrar el hierro de sus antiguos dominadores antes que seguir soportando su yugo. La distribución de estas provincias entre los copartícipes se hacía geográficamente. Verdad es que la Francia lograba posiciones marítimas muy ventajosas; sin embargo, además del inconveniente de ser ella la que acercaba á los rusos á Constantinopla, había otro no menos grave, cual era el adjudicar á la Rusia y al Austria provincias que debían conservarse en su poder por la contigüidad de su territorio, y aplicarse otras que no podía ella conservar sino bajo la hipótesis de un poderío colosal difícil de soste-

ner mucho tiempo. Aun cuando hubiéramos logrado conservar la parte más esencial de ese poderío, como el Rhin, los Alpes y hasta el Piamonte, todavía teníamos la Grecia demasiado lejos para poderla sujetar. Por consiguiente, todo aquello no era en realidad más que una triste concesión hacia el Oriente para que pudieran triunfar en el Occidente ciertas miras, grandes sin duda, pero inoportunas, exageradas y que habían de acumular forzosamente nuevos gravámenes á los que pesaban ya sobre el imperio.

El segundo proyecto venía á ser una especie de trastorno general para todo el mundo civilizado. El imperio turco desaparecía completamente de la Europa y del Asia. Los rusos traspasaban los Balcanes y ocupaban su vertiente meridional, es decir, la antigua Tracia hasta los estrechos; lograban la posesión de Constantinopla, eterno objeto de sus deseos, y una parte de la costa de Asia para que la dominación de los estrechos estuviese garantida en sus manos. El Austria, también mejor dotada y destinada á separar á la Rusia de la Francia, obtenía, además de la Bosnia y de la Servia, en plena propiedad una y otra, la misma Macedonia hasta el mar, á excepción de Salónica. La Francia conservaba su antigua extensión, la Albania, la Tesalia hasta Salónica, la Morea y Candía y además todas las islas del Archipiélago, Chipre, la Siria y el Egipto. Los turcos, repelidos al interior del Asia Menor y hacia el Éufrates, quedaban en libertad de continuar en ese culto del Alcorán, al cual debían el perder su imperio de Europa y las tres cuartas partes del Asia.

En esta quimérica distribución del universo, destinada quizás á ser algún día una realidad, aunque no en la parte que reservaba para la Francia, había, sin embargo, un punto sobre el cual no existía conformidad posible y que no obstante se discutía con igual empeño que si hubieran de ponerse por obra inmediatamente todos aquellos proyectos. Constantinopla era objeto á un mismo tiempo del orgullo y de la ambición de los rusos, y estas dos pasiones son en todos los pueblos igualmente enérgicas. Los rusos querían la misma ciudad de Constantinopla como símbolo del imperio de Oriente; querían el Bósforo y los Dardanelos como llaves de los mares. Mr. de Caulaincourt, que participaba de las ideas de Napoleón, el cual retrocedía altivo y aterrado al pedirle que diese á los dominadores del Norte la ciudad de Constantinopla, se negaba á ello de una manera perentoria, y proponía que se hiciese de Constantinopla y de los dos estrechos una especie de estado neutral, una ciudad anseática por el estilo de Bremen y Hamburgo. Finalmente, cuando el ministro ruso insistía, pidiendo principalmente la ciudad de Constantinopla como si toda su ambición se limitase al templo de Santa Sofía, cedía Mr. de Caulaincourt, dejando salva la voluntad de su soberano, y pedía para la Francia los Dardanelos como ruta de tierra para pasar á Siria y á Egipto, como si los batallones franceses fueran á recorrer el itinerario de los antiguos cruzados. Los rusos, dueños de Santa Sofía, no querían abandonar á los franceses el estrecho de los Dardanelos, que sentían ver en poder de los turcos, á pesar de ser tan débiles. A tanta cosa ni querían á Constantinopla; y declaraban, lo que era cierto, que preferían la primera repartición parcial que dejaba á los turcos en la posesión del Sur de los Balcanes y de Cons-

tantinopla. Contentos con retener las vastas llanuras del Danubio hasta los Balcanes, consentían en aplazar el resto de su conquista, y preferían ver las llaves del mar Negro en manos de los turcos á ponerlas en las de los franceses.

Por más que se discutía este trascendental proyecto, no era posible entenderse, y aquella interminable disputa, audaz y vana usurpación del porvenir, revelaba el interés verdadero de la Europa contra la Rusia en la cuestión de Constantinopla. El emperador francés, que había llegado en aquella época á ser tan grande como la misma Europa, conocía todo su interés, y no quería entregar el estrecho desde el cual han de amenazar algún día los rusos á la independencia del continente europeo. Bastaba con proporcionarles, al entregarles la Finlandia, el medio de dar un paso hacia el Sund, que es otro estrecho desde el cual no serán menos formidables en lo venidero. En efecto, cuando el coloso ruso tenga seguro un pie en los Dardanelos y otro en el Sund, el decrepito mundo antiguo será esclavo, y la libertad habrá huído á América. Llegará el día en que estas tristes previsiones, quimeras hoy todavía para las inteligencias vulgares, sean tremendas verdades; porque la Europa, desatinadamente dividida como las ciudades de la Grecia ante los reyes de Macedonia, alcanzará probablemente su misma suerte.

Después de una larga discusión, el ministro ruso y el embajador francés no habían hecho más que madurar, como ellos decían, sus ideas. Sólo la entrevista de los dos soberanos podía zanjar aquella gigantesca divergencia de opiniones, y por lo tanto se acordó que se enviaría á Napoleón un informe sobre los dos proyectos, rogándole manifestase su juicio y ofreciese una entrevista para conciliar su sentir con el de Alejandro. Debía elegirse al efecto un punto que estuviese muy cercano á Francia, como por ejemplo Erfut. Pero los mismos que habían avanzado aquellas ideas, repugnaban consignarlas por escrito, y así Caulaincourt, á cuyo buen seso no se ocultaba cuánto tenían de quimérico y peligroso, dejó el cuidado de hacerlo á Mr. de Romanzoff. Aceptó éste, y presentó una nota en minuta, que escribió íntegra de su propio puño, para que Mr. de Caulaincourt la dirigiese inmediatamente á Napoleón. Mas aunque se atrevió á escribirla no se atrevió á firmarla; en este estado la entregó, y para que tuviese plena autenticidad, el emperador Alejandro declaró verbalmente á Mr. de Caulaincourt que dicha nota merecía su entera aprobación, y aunque desnuda de firma debía considerarse como la expresión auténtica del pensamiento del gabinete ruso (1).

(1) Creemos conveniente citar esta nota, que quizá es el monumento más curioso de aquella época extraordinaria, copiándola textualmente de la minuta escrita del propio puño de Mr. de Romanzoff, enviada á Napoleón, y existente hoy en el depósito del Louvre. Hemos tenido en nuestras manos el documento original y respondemos de la escrupulosa fidelidad de la traslación que sigue: «Puesto que S. M. el emperador de los franceses y rey de Italia, etc., ha creído que para obtener la paz general y asegurar la tranquilidad de Europa sería forzoso debilitar el imperio otomano desmembrando sus provincias, el emperador Alejandro, fiel á sus compromisos y á su amistad, está dispuesto á auxiliarle.

»La primera idea que se le ha ocurrido al emperador de todas las Rusias, que se complace en recordar los coloquios de Tilsit, en que se le hizo esta invitación, ha sido que su aliado el emperador quería desde luego poner por obra el convenio acordado por

Pero no bastaba discutir de una manera eventual proyectos de repartición del imperio turco. Juzgaba Napoleón ser menester algo más positivo para satisfacer á los

los dos monarcas en el tratado de alianza relativo á los turcos, añadiendo la proposición de una expedición á la Italia.

»Convínose en Tilsit en que la potencia otomana quedase reducida al Asia, conservando solamente en Europa la ciudad de Constantinopla y la Rumelia.

»Como consecuencia de esto se ideó que el emperador de los franceses adquiriese la Albania, la Morea y la isla de Candía.

»Pareció entonces justo adjudicar la Valaquia y la Moldavia á la Rusia, dando á este imperio por límite el Danubio, inclusa la Besarabia, que no es en efecto más que una cinta de terreno pegada al mar y que comunmente se considera como parte de la Moldavia; si á esta porción se agrega la Bulgaria, el emperador promete cooperar á la expedición de la India, de que no se trató entonces, siempre que esta expedición se lleve á efecto atravesando el Asia menor, según el mismo emperador Napoleón acaba de proponer.

»El emperador Alejandro celebra que se haya pensado en hacer intervenir en la expedición de la India un cuerpo de tropas austriacas, y ya que el emperador su aliado juzga que debe ser poco numeroso, cree que esta cooperación podría compensarse muy bien adjudicando al Austria la Croacia turca y la Bosnia, á no ser que al emperador de los franceses le convenga retener parte de ella. Pudiera además ofrecerse al Austria un interés menos directo, pero de mucha consideración, haciendo con la Servia, que es sin disputa una de las más ricas provincias del imperio otomano, lo siguiente:

»Los servios son gente belicosa, y esta cualidad, siempre digna de estimación, debe inspirar el deseo de fijar bien su suerte.

»Penetrados de un instinto de justa venganza contra los turcos, los servios han sacudido el yugo de sus opresores con arrojo, y se los supone resueltos á no volverlo á tolerar ya nunca. Convendría, pues, tratar de hacerlos independientes de éstos para consolidar la paz.

»La paz de Tilsit nada establece concerniente á ellos; varias veces con enérgica voz han solicitado del emperador Alejandro ser admitidos en el número de sus súbditos: esta adhesión á su persona inspira en el emperador el deseo de verlos felices y contentos sin pretender por eso dominarlos: S. M. no busca adquisiciones que puedan servir de obstáculo á la paz; hace gustoso este sacrificio, como todos los que pueden contribuir á hacerla pronta y duradera.

»Propone por lo tanto que se haga de la Servia un reino independiente, que se dé esta corona á un archiduque que no sea cabeza de ninguna rama soberana y que esté á bastante distancia de la sucesión al trono de Austria: en este caso se estipularía que el reino de Servia no pudiese nunca agregarse á los Estados de dicha casa.

»Toda esta suposición acerca de la desmembración de las provincias turcas, según acaba de expresarse, está conforme con los convenios hechos en Tilsit, y por lo tanto no parece que pueda ofrecer la menor dificultad á las dos personas encargadas por los dos emperadores de discutir el modo de lograr los fines que SS. MM. imperiales se proponen.

»El emperador de Rusia está pronto á tomar parte en un tratado entre los tres emperadores que fije las condiciones arriba enunciadas; mas por otro lado, juzgando que la carta que acababa de remitirle el emperador de los franceses indicaba haber resuelto una desmembración del imperio otomano mucho más vasta todavía que la proyectada entre ambos en Tilsit, deseoso este monarca de facilitar por su parte cuanto pueda convenir á los intereses de las tres cortes imperiales, y para dar sobre todo al emperador su aliado todas las pruebas de amistad y deferencia que están en su mano, declara desde luego que, aunque no necesita que la Puerta otomana pierda todavía más fuerza, se prestará á ello gustoso.

»Ha sentado por principio en lo tocante á esta mayor partición, que su parte en el aumento de ganancias de territorio sea moderada, y la de su aliado tenga mucho mayores proporciones. Ha añadido S. M. que al lado de este principio de moderación sentaba otro de prudencia, que consistía en no quedar, de resultados del nuevo plan de partición, menos bien situado de lo que está ahora en punto á sus relaciones de límites y de comercio.

»Partiendo de estos dos principios, verá el emperador Alejandro sin recelo, y hasta con gusto, que el emperador Napoleón



rusos, algo que, costándole el menor sacrificio posible, los moviese enérgicamente cuando hubiera que pasar de los dichos á los hechos: tal era la conquista de la

adquiera y agregue á sus estados, además de lo ya mencionado, todas las islas del archipiélago, Chipre y Rodas, y hasta lo que queda de las escalas de Levante, la Siria y el Egipto.

»En caso de hacerse esta partición mayor, el emperador Alejandro modificaría la opinión que precedentemente ha consignado sobre la suerte de la Servia, y querría, para que la porción que tocara á la casa de Austria fuese más considerable y honrosa, que quedase incorporada la Servia en la masa de los Estados austriacos y que ella se agregase la Macedonia, excepto la parte de ésta que quisiera reservarse la Francia para fortalecer la frontera de Albania, de modo que sea de la Francia Salónica, y pueda quedar tirada la línea de la frontera austriaca de Scopia á Orfano, llegando hasta el mar el poder del imperio de Austria.

»La Croacia podrá pertenecer á la Francia ó al Austria según pluguiese al emperador Napoleón.

»El emperador Alejandro no disimula á su aliado que siéndole particularmente satisfactorio todo cuanto en Tilsit se dijo, sigue el consejo del emperador su amigo, poniendo estas posesiones de la casa de Austria entre las francesas y rusas, para evitar la proximidad y roce tan propios en todo caso para cambiar las amistades.

»La parte que cabría á la Rusia en la nueva y mayor partición sería sobre lo que ya en el proyecto anterior le era adjudicado, la posesión de Constantinopla con un radio de algunas leguas en Asia y con una parte de la Rumelia en Europa, de modo que arrancase la frontera de la Servia hasta más allá de Solismick y de la cordillera que va de Solismick á Tragonopol, comprendiendo este último punto y luego el de Moriza hasta el mar.

»En la conversación que ha habido sobre este segundo plan de partición, han discordado los pareceres de los dos encargados de este negocio, suponiendo uno de ellos que en caso de darse la ciudad de Constantinopla á la Rusia, habrá que dar á la Francia los Dardanelos; ó por lo menos su parte asiática, á lo que se ha opuesto el otro por causa de la inmensa desproporción en punto á las partes que á cada cual habría de caer en la partición nueva y mayor, pues aun sólo la ocupación del fuerte situado en la costa de Asia sería diametralmente contraria en sus efectos al principio del emperador de Rusia de no quedar en situación peor que la en que ahora está en punto á relaciones geográficas y comerciales.

»El emperador Alejandro, llevado de su extremada amistad al emperador Napoleón, declara para obviar este inconveniente: 1.º, que se avendrá á dejar un camino militar para la Francia que atravesando las nuevas posesiones del Austria y de la Rusia, le dé paso franco por el continente á las escalas de Levante y á Siria, 2.º, que si desea el emperador ser dueño de Esmirna ó de cualquier otro lugar en la costa de Natolia, desde el punto de esta altura que hace frente á Mutilena hasta al que la hace á Rodas, y si quiere enviar allí tropas para conquistar aquel país, el emperador Alejandro está pronto á ayudarle para el logro de su intento, agregando á este fin un cuerpo de tropas rusas á las francesas; 3.º, que si, después de pasar bajo la dominación francesa, Esmirna ó cualquiera otra posesión de la costa de Natolia de las que acaban de indicarse, fuese atacada por los turcos ó por los ingleses por odio á este tratado, S. M. el emperador de Rusia acudirá á dar auxilio á su aliado, siempre que éste lo requiera; 4.º, S. M. cree que la casa de Austria podría del mismo modo ayudar á la Francia á tomar posesión de Salónica y acudir al socorro de esta escala cuantas veces se le requiriese; 5.º, el emperador de Rusia declara que no desea adquirir la ribera meridional del mar Negro en la costa de Asia, aunque al empezar á tratar este negocio creyó que le era conveniente; 6.º, el emperador de Rusia ha declarado que sean las que fueren las ventajas que obtuviesen sus tropas en la India, no pretendía poseer cosa alguna en aquella región, y de buena gana consentía en que la Francia hiciese para sí todas las conquistas territoriales en la India, que juzgase ser de su conveniencia, quedando asimismo en libertad de ceder á sus aliados parte del territorio que allí ganase.

»Si convienen entre sí los aliados de un modo categórico en adoptar uno ú otro de los dos proyectos de partición, S. M. el emperador Alejandro tendrá el mayor placer en acudir á la entrevista personal que se le ha propuesto, y que podría muy bien verificarse en Erfurt. Supone que sería ventajoso quedasen de antemano convenidas las bases de los compromisos que allí han de contraerse,

Finlandia. Había mandado á Mr. de Caulaincourt que apresurase cuanto pudiera la expedición de la Suecia por el motivo que acabamos de señalar, y también porque deseaba empeñar irrevocablemente á la Rusia en su sistema. Una vez comprometida con los suecos, ya no podía menos de estarlo también con los ingleses y de pasar con ellos de un mero amago á una hostilidad declarada. Pero, cosa extraña, vacilaban los rusos sobre si emprenderían la conquista de la Finlandia, la más útil de cuantas habían proyectado, y parecían bastante el estar autorizados para emprenderla sin apresurarse á verificarla. Pesábales distraer una parte de sus fuerzas, bien del Oriente ó de las provincias polacas, á la sazón muy revueltas. No obstante, instados continuamente por Mr. de Caulaincourt, se decidieron por fin á invadir la Finlandia en todo el mes de febrero próximo, en la época misma en que se estaba discutiendo el proyecto de partición de que hemos hablado anteriormente.

A pesar de todos sus esfuerzos, el emperador Alejandro no había podido juntar arriba de veinticinco mil hombres en la frontera de Finlandia. Confió su mando al general Buxhoevden, el mismo que había descubierto su ineptitud en Austerlitz, y que iba á descubrirla más todavía en la campaña de Suecia, y le dió tropas excelentes, buenos lugartenientes, y entre éstos señaladamente el heroico é infatigable Bagration, que, acabada una guerra, quería siempre entrar en otra. Estimulábale ahincadamente Napoleón á abrir las operaciones durante las heladas, para que pudieran con menos molestia atravesar las aguas que inundan la Finlandia, país cubierto de lagos, bosques y rocas de granito, que parecen haber caído en aquella región como otros tantos aerolitos. Defendía el país el valiente general sueco Klingspov con quince mil hombres de tropas regulares, firmes como buenas tropas suecas, y cuatro ó cinco mil milicianos.

Si el gobierno sueco, menos indiferente á los avisos que se le habían comunicado, hubiera tomado bien sus precauciones y dirigido todas sus fuerzas hacia aquel punto, en vez de amenazar á los daneses con tentativas ridículas, hubiera podido disputar con ventaja tan preciosa provincia; pero dejó en ella muy pocas tropas, y éstas poco preparadas para oponer una resistencia eficaz. Los rusos por su parte acometieron con un plan mal combinado, testimonio vergonzoso de la crasa ignorancia de su general en jefe. La Finlandia desde Viborg á Abo y desde Abo á Uleaborg forma un triángulo, bañando dos de sus lados los golfos de Finlandia y de Botnia, mientras el tercero rassa con la frontera de Rusia. Indicaba el buen sentido que convenía operar por este último lado, esto es, por el Savolax, por ser la línea más corta y menos defendida. En efecto, los suecos ocupaban los dos lados que forman el litoral de los golfos de Finlandia y Botnia, y estaban diseminados por los puertos, poblados generalmente por suecos, antiguos colonos en el país; y si en vez de recorrer los dos lados marítimos del triángulo para disputarles su posesión, hubieran los rusos seguido con una columna de

á fin de que los dos emperadores no tengan que añadir á la suma satisfacción de verse más que la de poder firmar sin demora la decisión sobre la suerte de aquella parte del globo, forzando á la Inglaterra á desear la paz que hoy rechaza de intento y con tanta jactancia.» (N. del A.)

quince mil hombres el costado que forma su frontera desde Viborg á Uleaborg, limitándose á enviar á lo largo del litoral una mera columna de diez mil hombres, para ocuparla á medida que la evacuasen los suecos y para bloquear también las plazas, hubieran llegado antes que éstos á Uleaborg y se hubieran apoderado no sólo de la Finlandia, sino también del general Klingspov con el pequeño ejército encargado de la defensa del país. En vez de hacer esto, avanzaron á lo largo del litoral en tres columnas mandadas por los generales Gortchakoff, Touthkoff y Bagration, llevando arrollados á los suecos, que se defendían con el mismo vigor con que eran atacados, sosteniendo una serie de combates parciales. La columna de la izquierda llegó á Sveaborg, mientras las otras dos marchaban sobre Tavestehus, y emprendió el bloqueo de aquella gran fortaleza marítima, que se componía de diversas islas fortificadas y que estaba defendida por el viejo almirante Cronstedt con siete mil hombres. Las columnas del centro y de la derecha avanzaron desde Tavestehus hasta Abo, después de haber recorrido el lado del triángulo finlandés que baña el golfo de Finlandia. El general Bagration fué destinado á Abo y el general Touthkoff á encaminarse por el lado que baña el golfo de Botnia, subiendo derecho al Norte hasta Uleaborg. Hacia la línea más esencial, que era la de Viborg á Uleaborg, sólo se dirigió una columna insignificante. De modo que los rusos no hicieron más que llevar arrollado al enemigo, cogiéndole unos pocos prisioneros y dando ocasión á que se concentraran los suecos, quienes hubieran podido dejarse caer en masa sobre la verdadera línea de operaciones desde Uleaborg á Viborg por el Savolax y hacerles expiar un modo de operar tan desatinado. Hubo no obstante algunos gloriosos combates parciales que atestiguaron, así el valor de las dos naciones y la experiencia que los oficiales rusos habían adquirido en sus guerras con nosotros, como la ignorancia de su estado mayor en todo lo relativo á la combinación general de las operaciones. Seguramente no hubieran obrado de aquel modo en semejante terreno los generales franceses formados en la escuela de Napoleón. Después que los rusos consiguieron invadir, si no conquistar aquel país, emprendieron el asedio de las plazas del litoral, entre ellas la de Sveaborg, que los hielos facilitaban notablemente.

Bastó cosa de un mes para aquella marcha militar que venía á ser un mero preludio de la guerra de Finlandia, mes invertido por el gabinete ruso en la discusión sobre la repartición del Oriente. Al saber el rey de Suecia la invasión de sus Estados, para vengarse en la apariencia de la sorpresa que acababa de hacerle su cuñado, cometió una acción reconocida como guerra de mala ley hasta en Turquía, cual fué la de arrestar al embajador de Rusia, Mr. d'Alopeus, en vez de limitarse á entregarle sus pasaportes; lo cual excitó una indignación general en todo el cuerpo diplomático residente en Estocolmo. Correspondió Alejandro con la dignidad conveniente á tan extraña conducta, dejando retirarse con toda clase de miramientos al embajador de Suecia en San Petersburgo, Mr. de Eteding, anciano respetado de todos; pero se vengó de otro modo y con más habilidad, aprovechando aquella ocasión para declarar la unión de la Finlandia al imperio ruso. Esta conquista fué el único resultado de los grandes proyectos de Til-

sit, pero ella sola basta para justificar la política que seguía á la sazón el emperador Alejandro y para probar que la Rusia no puede arrojarse á ser conquistadora sin la complicidad de la Francia.

A pesar del desdén con que los rusos afectaban mirar la conquista de la Finlandia, aquel ensayo, que parecía un hecho consumado aunque todavía había de costar mucha sangre, hizo grande impresión en San Petersburgo. Chocó mucho que cuando de la amistad de la Inglaterra nada se había recabado más que derrotas, sólo en unos cuantos meses de amistad con la Francia se hubiese adquirido una provincia importante, que aunque poco cultivada y mal poblada, en lo cual se asemejaba mucho á todo el resto del imperio, estaba admirablemente situada como frontera de mar y tierra; de lo que se deducía que probablemente la política de la alianza francesa sería tan beneficiosa como en un principio se había esperado. El emperador y su ministro no cabían en sí de gozo; sus habituales censores Czartoryski y Nowosiltzoff mostraban ya en sus críticas menos desprecio y acrimonia; la misma sociedad de San Petersburgo manifestaba á Mr. de Caulaincourt su satisfacción con nuevas señales de aprecio, dirigidas no sólo á su persona revestida con la pública estimación, sino también á su gobierno que empezaba á contentarla.

El emperador y Mr. de Romanzoff, que acababan de saber la invasión de la Etruria y del Portugal y los movimientos de las tropas hacia Roma y Madrid, y que no podían desconocer que estos movimientos tenían un objeto muy formal, trataron estos gravísimos hechos con extraordinaria ligereza, sin que aparentemente les dieran en qué pensar, y como hombres concertados en sacrificar al débil para poder á su vez también oprimirle. Sin embargo, aunque íntimamente satisfechos, no dejaron de insistir con todo empeño por medio de Mr. de Caulaincourt en que se les diese una pronta respuesta á las varias proposiciones de partición, y se señalase sin tardanza un punto de reunión para ponerse definitivamente de acuerdo. Acercábase la primavera, expirando ya el mes de febrero, y suponían que para inaugurar la navegación se necesitaba algún acto solemne que hiciera olvidar todas las calamidades de aquel año. La apertura de la navegación en los mares septentrionales es una época de felicidad y alegría, porque entonces vuelve á aparecer la luz, renace el calor y el comercio acarrea sus tesoros. Los géneros del Norte se cambian ordinariamente por productos de la Europa civilizada ó por metales; mas aquel año, el pabellón inglés, instrumento habitual de estos cambios, no podría presentarse, ó si se presentaba sería flotando en mástiles de guerra. La marina inglesa, en vez de acarrear tesoros, iba sólo á brindar con la boca de sus cañones. Era menester neutralizar este espectáculo desconsolador con una grande explosión de júbilo nacional, inspirada por intereses de otra especie, como los de la ambición rusa.

Mr. de Caulaincourt, que tenía costumbre de trasladar fielmente á su soberano las ideas de aquella corte ambiciosa, enteró á Napoleón de todo con su habitual veracidad; pero al manifestarle los deseos de la Rusia le daba por cierto que al presente estaba plenamente satisfecha, y que no era difícil hacerla después vivir algún tiempo de esperanzas. Advertido Napoleón de estas